

[308]
NOVENO TRIMESTRE. 3 de setiembre de 1839.

CAPILLADA 175 (123 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit in istis diebus de alio quam de pace neminem accerzare loqui, anathema sit.

Si alguno digere que en estos dias acierta nadie á hablar ni á escribir de otra cosa que de la paz, las legiones de Luzbel ó de Cabrera carguen con su estampa.

CONC. 6. GER. CAN. 19.

PAX DOMINI SIT SEMPER VOBISCUM.

LA PAZ DE DIOS SEA SIEMPRE CON VOSOTROS.

Gracias á Dios, Tirabeque; gracias á Dios que hay esperanzas de que se cierre el templo de Jano.--Señor, vuélvame yo judío si sé dónde está ese templo, ó si oí en mi vida nombrar semejante santo. A no ser que sea una iglesia que encontré abierta el otro dia; y con motivo de encontrarla abierta entré allá, y con motivo de haber entrado,--Mira, procura salir

luego, porque tenemos mas que hacer.--Voy, señor; pero primero déjeme vd. contarle lo que ví.

Pues señor, estaban haciendo una fiesta á la Virgen, y la Virgen estaba sobre la custodia: ¡y qué maja y qué bien vestida estaba, señor! Vaya que se conoce que al tal Galiano le da el naípe para vestir vírgenes.--Qué; ¿se llama Galiano el sacristan? Tú todo lo curioséas y averiguas, hombre: no queda pequeñez que tú no indagues.--No señor, yo no pregunté cómo se llamaba el sacristan, sino que dí por supuesto que la habria vestido el Sr. Alcalá Galiano, el que fué ministro.--¿Tienes gana de burlarte?--Señor, ¿no dicen por ahí que Galiano ha quedado para vestir vírgenes con motivo de no quererle ya en ninguna parte para diputado....?--Vaya; ya me lo parecia á mí; chocarferías tuyas. ¿Y es eso todo lo que viste?--No señor: lo que ví fué dos niñas como de siete años vestidas de blanco colocadas cada una á su lado de la Virgen para espantarla las moscas con unos mosqueteros.--Mosqueros dirás, que mosqueteros son una clase de soldados antiguos que servian con mosquete, género de escopeta mayor que la ordinaria.

En lo demas tienes razon, Pelegrín; tambien yo lo he visto. Eso fué en la iglesia del ex-

convento de la Pasion. Por cierto que me hizo gracia la ocupacion de las dos tiernecitas espanta-moscas, y el modo nuevo y original de obsequiar á la Virgen, de cuyo obsequio mosquil es bien seguro que no se hablará en el Devocionario del P. Ripa ni en la *Mosquéea* de Villaviciosa.

Pero ni aquel es el templo de Jano, ni pienses que Jano es algun santo martir ó confesor de la fé de Cristo.--Sería apostol, señor.--No tienes tu mala cabeza de apostol. Jano fué el primer rey de Italia; el cual despues de muerto fué adorado como una divinidad, y Rómulo le construyó y dedicó un templo, cuyas puertas en tiempo de guerra estaban siempre abiertas, y luego que se restablecia la paz se cerraban. De modo que alli para significar que se gozaba de paz se decia: «el templo de Jano está cerrado:» y cuando se queria decir por ejemplo: «llevamos seis años de guerra,» se usaba de la frase; «seis años va que estan abiertas las puertas del templo de Jano.»--Señor, acá en España es al revés que allá en Roma; que acá lo que hace que hay guerra se han cerrado una infinidad de templos; y tengo para mi que si las juntas diocesanas no dan trazas de pagar á los curas mejor que hasta

:

aquí (1), se han de cerrar otras muchas iglesias; no por causa de la paz, sino por causa del hambre de los curas, y aun de los sacristanes; que eso de mantenerse solo de las hostias de la misa paréceme á mí que debe ser poco apropósito para encender la fé de los sacerdotes, que las almas de los cuerpos que no estan mantenidos siquiera regularmente, ya sean los cuerpos de misa, ya sean cuerpos legos como el mio, deben resentirse un poco de la falta de vigor: ademas que el abad de lo que canta yanta; y créome que si los curas que cantáran las misas en el templo del Sr. San Jano allá en Roma en tiempo de guerra no hubieran tenido otra cosa mas sólida que yantar que hostias romanas, ellos hubieran echado la llave á la puerta de la iglesia sin esperar para ello á que viniera la paz. Y así demasiada virtud tienen los curas nuestros....

Mira, Tirabeque; no es ahora ese punto el que yo me proponia tocar, sino únicamente decirte que segun todas la voces, noticias y señales parece se acerca el suspirado dia de ver cerrada nuestro templo de Jano ó sea el dia de

(1) Suplico á la de Ciudad Rodrigo no me venga con otra reclamacion, pues hablo en general; y de quejas de párrocos contra las juntas diocesanas están atestados los cajones de la mesa gerundiana.

La paz.—Señor, vd. dirá lo que quíera; pero yo sospecho que siempre nos ha de quedar abierto algun portillito del templo, ó alguna puerta falsa que vaya á la sacristia ó al coro; porque segun mi escaso y osecuro modo de ver, se me ha puesto acá en el magin que aunque se cierre la puerta principal, cuando se trate de cerrar los otros portillos.... porque el templo ese no tendrá una sola puerta, señor.—Doce nada menos tenia el de Roma segun Macrobio.. —Pues vele ahí, señor; milagro será que cuando se trate de cerrar las puertas cisórias no nos encontremos con algunos estorbillos en los ahugeros de las llaves ó de las cerraduras. Y así pienso que será mejor contar con no verle cerrado del todo en mucho tiempo.

De todos modos, Pelegrin, tal es la necesidad, y tal el deseo general de la paz (entiéndase siempre que hablo de una paz decorosa y noble, pues de otra clase ni sería admisible, ni aunque se admitiese al pronto, podría ser duradera), que quisiera que no se nos cayese nunca de la boca la palabra *paz*: que la adoptáramos para los saludos, de forma que cuando entrásemos en alguna casa, dijésemos como antiguamente: «paz sea en esta casa:» que cuando encontráramos en la calle algun conocido en

lugar de decirle: «beso á vd. la mano» le saludásemos con el *pax tecum* del papa Inocencio III; ó diciendo: «la paz séa con vd.» como acostumbraban tambien á saludar los hebréos: y que en vez de darle la mano en señal de amistad, le diéramos el ósculo de paz.—Señor, eso último no podría pasar sin muchas escepciones, porque es menester tener en cuenta la diferencia de sexos y edades; que tal rostro se podría presentar á quien se pudiese dar sin repunancia no digo un ósculo sino mil, y tal otro se presentaría que preferiría nno un año de guerra á arrimarle los labios.

Y Siempre has de respirar por la herida, hombre. En fin los eclesiásticos no teníamos sino repetir en la calle lo que decimos al final de la misa: «*Pax domini sit semper vobiscum*: la paz de Dios sea siempre con vosotros.»—Señor, ó como en las misas de *requiem* que es mas breve: «*requiescant in pace*, hermano.»—Hombre, eso huele á cosa de difuntos; pues mira que el saludo sería fino.—Es que así no saludaría mas que á los carlistas, señor.—Vaya, vaya; *déjame en paz*: no se puede hablar contigo. Y prepárate y vámonos á ver la apertura de las Cortes, que ya va siendo hora.

APPERTURA Y APRETURAS.

Llegó, amados oyentes míos; llegó el día tan impacientemente aguardado de la apertura de las cortes ordinarias y caniculares de 1839. Y digo *caniculares*, porque no pueden menos de serlo unas cortes que empezaron á ser nombradas el primer día de la canícula, y que se han abierto el último día de la canícula (1). Las elecciones de estas cortes se hicieron bajo la influencia de dos constelaciones, *la canícula* y *Carramolino*; es decir, bajo dos canículas, celeste la una, terrenal la otra. Elijan.

Pero ello es que llegó ese día de esperanzas y temores; ese día para el que estaba anunciado el desenlace de esos misteriosos sucesos, y aun la insinuación, ya que no la revelación oficial de esos grandes planes que han trahido estos días trastornado el juicio de todos, tirios y troyanos, romanos y cartagineses, grandes y niños, senadores y lavanderas. Habíase anunciado también que todo sería mas suntuoso en esta apertura que en otras; que las Reinas irían esmeradamente ataviadas; que los trajes de ceremonia de las damas y gentiles hombres de servicio, las libreas de los lacayos, y aun los adornos de los caballos de tiro, todo sería nuevo y del mayor lujo y vistosidad. En su consecuencia, y con arreglo á la ley de la armonía y de la buena consonancia, Tirabeque había estrenado también sombrero nuevo como si fuese un diputado recién venido. Nada de consiguiente iba á faltar á la suntuosidad del acto.

(1) Véase el almanaque.

Aunque SS. MM. no habian de salir del Real Palacio hasta las dos, no obstante desde las once de la mañana que se abrieron las puertas del congreso (y lo mismo fuera que se hubiesen abierto á las seis) fue tal la afluencia de los convidados y convidadas que se agolparon á entrar á *cojer sitio* en las tribunas reservadas, que los que llegaron á las once y cuarto ya encontraron cada tribuna hecha una cesta de peces, entre los cuales no dejaba de verse tal cual trucha á quien se podia muy bien echar el anzuelo, ya que no la red barredera. El sistema que alli dominaba y por el que se veia pronunciada la opinion, era el de *acomodamiento*: todo el mundo suspiraba por acomodamiento; pero lo bueno que tenia que no se conocian fueros: Muñagorri hubiera llevado alli un tercer desaire: alli el que mas partido tenia era un tal *primo capientis* (1). Y á pesar de todos los esfuerzos que cada portero hacia para conseguir el general acomodamiento, quedábanse muchos cuerpos fuera, como me temo que le ha de suceder á Maroto. Asi es que unos se desertaban ó pasaban á otras filas como el coronel de húsares de Arlaban, y otros hostilizaban á los acomodados como los sublevados de Vera. Y en verdad que aquellos callejones, encrucijadas, desfiladeros, tortuosidades y revueltas del palacio del congreso me representan á mi el áspero y quebrado terreno de las provincias vascongadas, de forma que se puede

(1) Es decir, un gefe llamado *el primero-que-peique*.

decir que el tal palacio está construido en vas-
cuence. Para entender el orden y corresponden-
cia de cada tribuna es menester estudiarlas por
principios, y aun para eso se necesita una gra-
mática particular y difícil, porque casi todas
son irregulares como las conjugaciones de los
verbos auxiliares franceses.

Como cada tribuna estaba señalada con una
letra inicial mayúscula que correspondía á la
letra del billete de cada convidado, que era
la consigna de las colocaciones, todos andaban
buscando su letra; y habia persona que recor-
ría todo el alfabeto sin encontrar la suya. El
congreso de los sabios estaba hecho por aquella
parte una escuela de primeras letras, en que
los convidados leían como niños principiantes
trastrocando su orden, y pasando de la A á la F,
de la C á la J: los maestros eran los porteros.
«Diga vd., portero; ¿dónde está la D?--La
primera á la derecha, señora.--Portero, la le-
tra H?--Suba vd. por esa escalera, y enfrente
la encontrará vd.» Este método de enseñar á
leer no era en verdad conforme al sistema lan-
casteriano; pero era el que allí convenia. La
letra de Fr. Gerundio era la X, la que suele
jugar de *incógnita* en las matemáticas: y á fé
que mas fácil fuera despejar cualquiera incógni-
ta en el mas complicado problema matemático
que despejar la tribuna X en el Congreso. De-
cían que era la mejor; por eso habria sido la
mas pretendida.

Yo me divertia en ver cruzarse arriba y aba-
jo, á izquierda y derecha los cesantes de tri-
buna, especie de escedentes, que sobraban de

Los empleos tribunicios y que andaban como todos los cesantes, oliendo una vacante y enseñando su billete de opcion, ó como quien dice, la propuesta de la direccion. ¡Bobería! Los sitios se habian tomado *per saltum* como da ahora el gobierno los empleos. Aunque reinaba por aquel pais la mejor armonia, no dejó de haber tambien sus *rompimientos*. Y sinó que lo diga una hermanita que subiendo apresuradamente una escalera encontró detenida la guarnicion de su enagua por el pie viejo de un senador nuevo que bajaba, el cual la hizo un giron, especie de estribo, por el cual podia caer muy bien el pie del Hombre gordo. El hermano, aunque viejo, se conocia que era hombre de *rompe y rasga*. En esto no mostraba pertenecer al cuerpo *conservador*. Al otro lado vi enredarse una mantilla de tul blanca en el boton de la casaca de un general retirado, y quedar preso de él un gallardete de mantilla como último trofeo de sus glorias militares; y hombre hubo que por bajarse á coger un abanico caido se vió envuelto y arrollado por fuerzas superiores que le acometieron bruscamente por retaguardia, puesta en desorden toda su ropa, y despues de haber llevado algunas contusiones, tuvo que abandonar el objeto de su movimiento, cuyo barillage fué demolido por los pies de los invasores como los fuertes de Tales.

Pero salgamos por un rato del Congreso, que tiempo hay hasta las dos de volver á él, y vengán vds. conmigo un rato á la carrera, que no les ha de pesar. ¿No les dá á vds. gusto ver esa inmensa y lucidísima concurrencia en ca-

bles y balcones? ¿No se gozan vds. de ver la alegría de la esperanza pintada en todos los semblantes? En pocas aperturas dicen que se ha visto tan universal animacion. Pero la difereneia mas notable, segun todos, es la que formaba la frialdad, el indiferentismo y aun el disgusto de las gentes en la apertura de la última legislatura, con el gusto, el interés y la animacion que se notaba en la presente, y que formaba un contraste como el de un entierro y una boda. Ya se vé; tal han variado las circunstancias. El año pasado Espartero se paseaba de Haro á Logroño, y Fr. Gerundio censuraba sus paseos ordinarios; hoy el duque de la Victoria duerme en Oñate en la cama del Pretendiente, y Tirabeque le dedica gozos y panegíricos. El año pasado el miedo ó la maldad hizo venir las tropas de Narvaez á abrir las puertas del templo de las leyes, y este año una justa y merecida confianza en la benemérita milicia nacional y en la escasa tropa de la guarnicion les habia encomendado el orden y tranquilidad de la poblacion y la solemnizacion del acto sin la intervencion de otras fuerzas. Y sobre todo, el año pasado se hallaba Fr. Gerundio preso en Carabanchel por obra y gracia del *Supuesto Tio Vivo* (1), y este año se lamia suelto por las calles de Madrid observando á todo viviente para gerundiar á quien conviniese. ¿Qué habia de suceder sino estar el año pasado todo muerto y todo triste, y este año todo alegre y todo vivo?

(1) Habrá hombre que haya empezado á suscribirse este mes, y no sepa que el *supuesto Tio Vivo* equivale al llamado Marqués de Montevirgen.

Ola! Ya se oyen los cañonazos: esto es que salen ya SS. MM. En efecto ellas son. Hélas ahí las dos Reinas, objeto del amor y de las esperanzas de los españoles.... «Señor, señor, toda la mañana buseándole á vd. sin poderle encontrar, creí que se me había vd. perdido.» Era Tirabeque que se apareció en aquel momento crítico.--Me alegro que hayas llegado á este tiempo, Pelegrin. Amigo, no nos han engañado en el lujo y ostentacion con que nos digeron se presentaria el real cortejo.--Deje vd., señor, que no veo de tanto oro como veo.--Ya empezamos. ¿Con que no ves de tanto ver?--Señor, como soy tan rubio, y rebirbéra el sol en el oro de los vestidos, parece que se me contórba la vista. ¿Son ministros todos esos que van ahí á pie, y sobre los coches, señor?--Son los cocheros y lacayos, hombre, que han estrenado hoy libreas nuevas, asi tan cubiertas de galonaduras de oro como las ves.» Pero lo que mas chocaba á Tirabeque eran los sombreros nuevos de tres candiles á manera de aquellos velones de tres mecheros que se encienden en las casas ricas de las aldeas colgados de un garfio del medio del techo en noches de gran saráo: de cuyas puntas laterales colgaban dos borlas de oro, que parecian las mechas encendidas de las dos candilejas; la punta delantera no tenia borla; á aquel mechero no le habian puesto, ó se le habia consumido ya la torcida: y las escarapelas estaban atrás: vice-versa escarapelario y candilero que mostraba el españolismo de aquellos sombreros de retroceso.

No le llamaban menos la atencion los sober-

bios penachos de los caballos, no tanto los de color de rosa de los seis caballos castaños que tiraban del coche de plata y nacar llamado de respeto, como los azules-cristina de los ocho blancos que arrastraban el de SS. MM. «Señor, me decía Tirabeque, ¿qué orgullosos van los caballos y qué llenos de vanidad! ¡Cómo saben lo que llevan! -- Los caballos y los hombres tontos, Tirabeque, son los animales que más se pagan de las galas y arréos.

A veces los uniformes viejos de los guardias de *corp* que se interponían entre los coches no dejaban ver los vestidos nuevos de los lacayos. Cuando pasaron SS. MM. por frente de nosotros le dije á Tirabeque: «Pelegrin, repara bien en las ricas coronas que llevan las Reinas, no te se escapen los preciosos aderezos de brillantes y demás lujosas preséas, sin dejar por eso de observar los majestuosos vestidos recamados de plata y demás suntuosos atavíos: después no digas que te has quedado sin ver nada. -- Señor, precisamente se me ha puesto delante esta andrajosa de esta viuda, que apenas me deja ver; pero aquí por entre las largas barbas de este retirado diviso aunque imperfectamente todo lo que vd. me dice. -- Pues anda, ahora vamos corriendo otra vez el Congreso á ver la *Sesion Regia*.

Fuimos en efecto, y llegamos antes que la regia comitiva. Mi paternidad tuvo el honor de ser colocado en la tribuna fronteriza al trono de las Reinas, al lado de las autoridades... iba á decir «y de ciertas autoridades;» pero me acuerdo que una de ellas me suplicó al sa-

lir que por Dios no dijera nada de *las autoridades*, y quiero deferir á su tierna súplica. Tirabeque no entró; no era regular; se quedó atisbando por entre la puerta. Y desde allí no cesaba de llamarme la atención diciéndome en voz baja: «Señor, desde aquí estoy viendo una barajita de diputados, que si los que examinan las actas son hombres que cumplen con su deber, paréceme que dentro de tres dias no han de ser ya diputados.» -- Calla, imprudente. -- Señor, señor? -- Otra vez, hombre? -- Aquel de aquel lado tiene cara de diputado por soborno.»

Hubiérame comprometido el hablador de Tirabeque sino hubieran entrado tan pronto las augustas personas, y seguidose el mas profundo silencio. *La inocencia y la amabilidad* se sentaron en el trono que les estaba preparado, y previas las ceremonias de costumbre, la augusta Gobernadora dió principio á la lectura del *Discurso del Trono*. Como fogueado ejército que colocado frente al enemigo espera la señal del combate para acometer, destrozar, desordenar y perseguir las enemigas huestes, así esperaba el pueblo madrileño el párrafo del discurso relativo á esperanzas de próxima paz, para tirar al alto los sombreros, romperse las costillas á abrazos, organizar francachelas, constituir comilonas, arreglar el presupuesto de fonda, dejar temblando las tiendas de andaluces y ultramarinos, armar por todas partes la de Dios es Cristo, y que anduviera un *gaudeamus* que se meára Dios por un botin. Tirabeque á su puerta con un oido como un javalí no pudo

contenerse, sin decirme: «Señor, en un trís está ya el saber si la levanto ó no la levanto.»

Mi paternidad muy reverenda tambien esperaba, no una revelacion esplicita de las negociaciones de paz que pueda haber pendientes, pero sí una insinuacion tal como la prudencia y circunspeccion exigen en estos casos y en la naturaleza de estos documentos. Pero el discurso seguia, y el parrafito no llegaba; continuaba el discurso, y el parrafito no venia: proseguia la lectura del discurso, y no parecia el parrafito: seguia mucho discurso, mucho discurso... ¡quién sabe cuánto discurso seguia! y el parrafito no se veia venir. Continuaba otro poco de discurso... ¡Ay qué cuenta tan estrecha tiene que dar á Dios el ministro que redactó el discurso de lo mucho que hizo leer á la amable y bondadosa Cristina! Toda la bondad de esta Señora se necesita tener para llevar en paciencia tanto discurso! Pues señor, como digo, el discurso seguia seguia por sus trámites regulares... hasta que por fin se acabó el discurso; pero el parrafito... sí; aguarda por el parrafito: ¡cosa mas particular! Se le habia olvidado al escribiente copiarle del original cuando le puso en limpio, y con esta misma falta han salido despues los ejemplares impresos.

Un frio como de terciana se apoderó de los corazones de todos, y los proyectos de franca-chelas, comilonas, fondas, andaluces y ultramarinos fueron retirados para tiempo mas oportuno, solo por la falta del parrafito. Concluida la sesion en el modo y forma que las sesiones regias concluyen, SS. MM. salieron del salon

y regresaron con la regia comitiva al Real Palacio en el mismo orden en que habian verificado su venida.

En cuanto al discurso de *los treinta y siete párrafos*, y sin el parrafito, veremos de decir algo otro dia, ya que hoy no nos lo permita la cortedad de nuestro periodiquillo. Entretanto mi Paternidad solo añadirá hoy, que el único parrafito bueno que en él encuentra es el en que dice S. M. «*Por lo que á mi toca, á nada me he rehusado de cuanto he creido podria contribuir al bien de los españoles. A nada me rehusaré tampoco en adelante. Mi gloria se cifra en que mi nombre vaya inseparablemente unido á la felicidad de este pueblo heróico y generoso.*» Y aun la insercion de este pensamiento tengo entendido no se debe á ningun ministro, sino á propuesta esplicita de S. M. No obstante, si Fr. Gerundio hubiera sido el ministro redactor, no hubiera escrito: «*A nada me he rehusado*» y «*A nada me rehusaré.*» Sino: «*Nada he rehusado*» y «*Nada rehusaré:*» porque asi lo aconseja la propiedad de la lengua. Estos son reparillos gramaticales que en un documento tan interesante no podian dejar de llamar la atencion gerundiana; y bien pudieron los ministros del discurso haber tenido presente *que le iba á leer Fr. Gerundio.*

IMPRESA DE D. F. DE P. MELLADO, EDITOR.

ADICION A LA CAPILLADA 175,

del martes 3 de setiembre de 1839.

EL SALTO DE TIRABEQUE.

Ven, Tirabeque mio ; ven, lego salado y salitroso ; ven y dame un osculo y un abrazo, y en seguida baila ahí un paspié ó una pastorela ó solo de rigodon, ó minué afandangado, ó una figurita de baile inglés, ó una jota aragonesa, ó unas boleras castellanas ; en fin aquello que tu poseas con mas perfeccion ó á lo que seas mas inclinado.—Señor, tanto me da una clase de baile como otra, porque yo todos los poseo igualmente, aunque igualmente no poseo ninguno, ni tengo mas posesion que la aficion que tengo ; porque en los bailes, mi amo, pienso que hay que contar con dos cosas, que son la posesion de ellos, es decir, lo que se llama baile, y la aficion de cada uno á lo que se llama baile tambien. Lo que es por parte de la aficion, ó inclinacion, como quiera llamarse....—Anda, lego morlaco, dejate ahora de nombres ni calabazas, y levanta esa patita luego, luego, y difunde la alegria por todos los

ángulos de la península.....—¿Pues qué hay, señor?—¿Con que no sabes la novedad que hay?—Señor, no se nada.... ¿Pero es gorda?—¿Pues no ha de ser gorda, hombre?—¿Cómo el *Hombre gordo*, señor?—Mas que el *Hombre gordo* todavía.—Señor, digamela vd. y si lo merece, yo daré un brinco, aunque me rompa la cabeza contra el cielo.—Hombre, no; esa es demasiada altura.—Contra el cielo raso de la celda, señor.—Eso es otra cosa. Pues bien, Pelegrin, escucha y baila.

Sábetete pues, que *Maroto con 21 batallones castellanos, vizcainos y guipuzcoanos se ha pasado á nuestras filas y reconocido todos el gobierno de Isabel II.*—Señor! gorda es, así Dios me salve. ¿Pero es cosa positiva, señor? ¿O tendrá que andar despues *la rebaja*?—Tan positiva, Tirabeque, que puedes desde luego alzar la pata y dar un solemne brinco, aunque te rompas la cabeza contra el techo, que yo te garantizo, no te dé cuidado.—¿De qué me garantiza vd., señor? ¿De la rompedura de la cabeza?—No, hombre, de la certeza de la noticia.—Pues señor, sea lo que quiera, allá voy. Arriba, Pelegrin.....

Señor, haga vd. el favor de mirar á ver si me he roto algo, que yo he sentido tropezar la ca-

beza en una cosa dura que me impidió subir más alto, y supongo que sería el techo; y temo que no se me haya abierto el cráneo.—Pero hombre, si te faltaron más de cuatro varas y media para llegar al techo: si apenas levantaste del suelo como cosa de una cuarta escasa.....—Bien podrá ser, señor; porque yo al tiempo de saltar cerré los ojos y no sé hasta que altura subiría, pero á mi me pareció que había tropezado en el cielo raso, y aun sospeché si habría abierto en él una clariboya.—Nada, hombre, nada; no hubo novedad. Ahora debes dar otro salto á ver si subes algo más arriba.—Señor, vd. perdone, que para esta noticia basta este salto: porque tengo para mí que aunque ella es gorda y de buena calidad, todavía, como he dicho en el cuerpo de la capillada, quedan abiertas algunas puertas falsas del templo del señor San Jano: deje vd. que se vayan cerrando, como lo espero en Dios y en la bienaventurada siempre virgen María, y en los santos apóstoles Espartero y Maroto, y entonces ya daré yo más saltos que un bolatinero. Y por ahora vaya vd. aflojando la mosca para ir por un piscolavís, que me parece que bien merecido lo tengo.—No, no, Peregrin, que te podras emborrachar, y eso no

viene al caso, ni lo puedo permitir.—Señor, bajo mi palabra de honor le ofrezco á vd. no coger por hoy mas que una *media ehispa*.—Hombre eso...—Ande vd., señor, degese de reparos, que una media chispa en un lego á nadie le puede parecer mal: si fuera en vd. ya seria otra cosa.—Anda con Dios, hombre; anda con Dios, y coge media, y aunque sea tres cuartas de chispa: pero mira.—¿Que hay, señor?—Nada nada: Vete con Dios, y mira no te achispes del todo.

